

Acogemos con satisfacción el valor heroico de los trabajadores republicanos españoles, la determinación de los primeros Voluntarios extranjeros que acudieron al combate en su ayuda, y la puesta en marcha de las Brigadas Internacionales y sus primeras y duras batallas en Madrid en noviembre del 36. Prácticamente todas las noches cojo la palabra en público por todos los rincones de mi provincia para condenar el error monstruoso de nuestro Gobierno alineado con la No- Intervención y para subrayar la necesidad de ayudar a la República Española por todos los medios y también para exaltar el gesto de los Voluntarios del mundo que habían entrado en combate. Tanto y tan bien lo hice que no puede resistir y, frente a mi insistencia, los dirigentes regionales de mi partido aceptan por fin que vaya a reunirme con los combatientes de las B.I.

Estamos a finales de noviembre. Llego a París provisto de los documentos necesarios y me presento en el número 8 de la Avenida Mathurin Moreau, sede del Comité de Ayuda a España donde se examinan las solicitudes. Mis papeles se consideran válidos y soy admitido para participar en el siguiente convoy. Así es como la tarde siguiente cogeré un tren especial de Voluntarios, franceses en su mayoría ese día, con destino a la frontera. Ya entonces, se me confió la "responsabilidad" de un vagón con la consigna de velar por el buen comportamiento y la discreción de mis compañeros. Nuestra partida se "tolera " pero no es por ello menos tachada de ilegalidad.

La moral de unos y otros es de lo más elevada. Cada uno de nosotros está convencido de la justicia de su compromiso, de la necesidad de afirmar nuestra solidaridad fraterna y completa con la República española, convencido también de que nuestros pasos son conformes a nuestros intereses nacionales y responden a la necesidad de asegurar la seguridad de nuestra frontera pirenaica.

Hacemos las presentaciones y luego nos esforzamos por dormir como podemos. Después de una breve parada en la estación de Toulouse al amanecer, el tren se pone otra vez en marcha y llegamos a Perpiñán. Comitiva silenciosa por la ciudad, alojamiento y comida en los locales del antiguo hospital militar. La tarde se dedica al descanso. Cuando llega la noche nos cogen unos autocares y nos llevan en dirección a la frontera por carreteras secundarias. La frontera está cerca. Bajamos y vamos en fila india a lo largo de la vía férrea durante algunos cientos de metros.

La consigna imperativa es la del silencio y de no fumar: la policía de las fronteras no está lejos; ciertamente está al corriente de nuestra presencia, pero no conviene provocarla. Franqueamos los últimos contrafuertes de los Pirineos. Pasamos la frontera en Perthus. Bajamos la cuesta.

A poca distancia otros autocares, españoles esta vez, nos esperan. Hay allí milicianos que nos acogen calurosamente. El convoy se pone en movimiento. Después de un trayecto bastante corto distinguimos, en la noche clara, las murallas de una fortaleza. Franqueamos a pie el puente que precede a las portadas de entrada. Nos informan: "Bienvenidos al Castillo de Figueras".

Noche de descanso en las casamatas, seguida de una jornada marcada por un